

EL REGALO

Me calzo las botas, empuño el bastón y abandono el albergue. Echo un vistazo al cielo plomizo que se cierne sobre Puente la Reina y me calo la capucha; hoy toca lluvia. Pero da igual. Es más, soy de los que opinan que un poco de agua realza las dádivas que brinda el camino de Santiago, pues reverdece las estampas, ennoblece los encuentros y transforma un poco más la simple caminata en verdadero peregrinaje.

Este, el poder replicar los pasos del santo y a la vez emprender un viaje con destino a un yo que me era ignoto, es por ahora su último regalo.

Pero han sido muchos más. Millones de ellos. Desde los clásicos amaneceres, tan manidos en estos contextos, hasta viajes soñados, conciertos que llegué a archivar en la sección de utopías y, cómo no, el siempre anhelado —y no menos trillado— verdadero amor. Hasta he podido cumplir con aquello que decían de escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo. Digo «decían» porque ahora, al parecer, y tal y como están las cosas, los más jóvenes han cambiado lo de la descendencia por montar en globo. Bueno, pues aún me quedan cosas por hacer, por lo visto.

Y seguirán siendo regalos suyos, me digo mientras me detengo un momento ante el Monumento al Peregrino que ayer el agotamiento me privó contemplar. El lema que lo subraya, *«Y desde aquí, todos los Caminos se hacen uno»*, me reconforta, me confirma de un modo mucho más fehaciente, más profundo que cualquier GPS, que sigo el camino correcto, que voy a lograrlo.

¿Quién lo iba a pensar entonces?

Porque pintaban bastos. Vaya que sí. Primero la noticia y la cara de desconcierto. ¿Pero esas cosas no les pasan siempre a otros?, te dices. «Tranquilo, que hay tratamientos», te cuentan los médicos.

Sientan regular, la verdad. Pero todo sea por curarse, me dije, que ni había plantado el árbol aún. Vomitas, pierdes el pelo, y vuelves a vomitar. Y cuando has terminado de vomitar, vomitas otra vez. «Con lo que he pasado, ya estaré curado, ¿no?», preguntas. Pero te responden: «No, lo siento».

Pero hay otro modo, te explican. Tus hermanos, esos con los que has pasado la infancia intentando mataros mutuamente, te pueden salvar el pellejo. Sí, qué retorcido humor muestra a veces el destino. Solo tienen que ser genéticamente compatibles contigo. «Que lo sean, que lo sean...». Te pasas días repitiendo ese mantra con los dedos cruzados. Hasta te sorprendes rezando a pesar de que creías no recordar ninguna oración, que pensabas haber erradicado de ti cualquier rastro de espiritualidad. Y llega la noticia. Como una barrera infranqueable, innegociable, que te impide seguir tu camino, ese que siempre diste por hecho que sería mucho más largo: no son compatibles.

«¿Más opciones?», preguntas. Los médicos se miran entre ellos. No es buena señal, no. El banco internacional de donantes, te explican. Alguien compatible contigo, en algún momento y algún lugar, se ha tenido que ofrecer desinteresadamente a donar su médula ósea para salvar a un desconocido.

Pues ya estaría, te dices, hasta aquí hemos llegado. Porque ya sabes cómo son los humanos. Capaces de arrancarle los ojos a otro porque se le ha colado en la apertura de las rebajas, de zancadillear a un niño para llegar antes que él a los últimos caramelos arrojados por Melchor. O de dejar morir a personas en el mar porque en el apartado «nacionalidad» de su documento de identidad consta una palabra distinta a la que reza en el suyo.

Vas haciendo las maletas para el más incierto de tus viajes. Aunque para este, en realidad, se trata menos de guardar cosas que de soltarlas. Y, de pronto, cuando ya no das un duro por conocer el desenlace de tu serie favorita —no sabes por qué, pero esa es una de las mayores contrariedades de morir que se te ocurren—, te lo sueltan: «Hay un donante».

¿Cómo? ¿Por qué? No eres periodista, así que no te sabes el resto de las preguntas, pero sí la que más necesitas conocer: ¿quién? «Pues no te lo podemos decir. Solo que es portugués, un chaval de tu edad», te susurran vigilando de reojo. Te sientes un poco mal: con la de chistes que has hecho sobre portugueses.

Entonces, unos días después, llega el primero. El primero de sus regalos. Te lo muestran: es una bolsa llena de un líquido negruzco. Un montón de ello. «¿Pero no le han pagado? ¿En serio?». «Que no, de verdad», te repiten. Ver para creer.

Sales del hospital; llevas allí un buen tiempo. El sol en la cara, aire fresco, sonidos distintos al aire acondicionado de la habitación... Es el contaminado aire urbano y el ruido del tráfico, pero da igual: siguen siendo regalos. Vuelves a tu casa, a tu cama. La lasaña de tu madre, el vecino destrozando *Satisfaction* en la ducha. Regalos, regalos y más regalos.

Son tantos ya, que a veces me veo como el *niño hiperregalado*, pienso mientras cruzo el imponente puente románico de camino a Estella. Ese que, empachado de juguetes la mañana de Navidad, sigue abriendo paquetes por inercia, sin atisbo de emoción o agradecimiento en sus gestos. Pero no siempre: a veces, seguramente menos de las que debería, me acuerdo de él. De ese portugués que, desafiando a los prejuicios que albergamos sobre nosotros mismos, a la naturaleza egoísta que nos atribuimos, se sometió a una intervención para salvar a otra persona que no conocería jamás. De a saber dónde, de qué ideología, religión o, lo que es más importante, de qué equipo de fútbol. Ese portugués que se levantó una mañana y dijo: «Voy a darle a alguien el regalo de poder seguir su camino».

Y eso es lo que hago ahora, arropado por la fina lluvia que moja mi rostro, que me hace sentir vivo: caminar.